

Turismo masivo o alternativo: los límites de la sustentabilidad.

Alfredo A. César Dachary y Stella Maris Arnaiz Burne

El turismo alternativo frente al turismo masivo

El turismo rural tiene sus antecedentes en el siglo XIX en las estadías combinadas entre campo y ciudad, en la época en que las grandes capitales industriales eran peligrosas, contaminadas e insalubres, pero no era turismo sino estadías compartidas, ya que éste como negocio se da a comienzos del siglo XX.

El turismo de la naturaleza comienza en la misma época promovido por los clubes de montaña, de caza y pesca y las organizaciones como los Boy Scouts, todos éstos agrupados en el campismo. Sin embargo, se considera que desde fines del XVIII hay turismo de la naturaleza, entendido éste como un negocio organizado a partir de las estaciones termales y el tradicional alpinismo.

El turismo alternativo aparece en escena luego de la implantación del turismo masivo y como una alternativa a ese sistema de movimiento masivo de turistas, que ya estaba siendo cuestionado por diferentes organismos y sociedades y que se incrementó con la emergencia del ecologismo.

Desde sus inicios se ha planteado a dos niveles diferenciados contradicciones entre el turismo masivo y alternativo, situación que se repite exactamente igual en el denominado ecoturismo, una confusión entre lo alternativo como opción de reemplazo o como segmento diferenciado, frente al turismo rural.

Es alternativo porque es diferente al masivo en cuanto al número de personas que lo practican y el tipo de grupos sociales que opta por ellos; y segundo, es diferente pero no puede reemplazar al primero y allí está la trampa, al considerar al turismo alternativo como el futuro “modelo” que dominará el turismo mundial, lo cual es imposible y la tendencia lo confirma.

El turismo como actividad económica tiene un solo modelo, la existencia de dos alternativas diferentes, masivo y de baja intensidad es algo muy relativo ya que se refiere más al territorio y a la capacidad receptiva, algo que cuando éste es exitoso no se respeta, como son los casos de los grandes parques marinos y su gran carga de buceadores.

Todos los destinos comienzan como exclusivos, de baja intensidad en su primera etapa. La isla de Cozumel, en México, es un ejemplo emblemático, un lugar exclusivo en los 80's y en la actualidad con una infraestructura hotelera de un gran destino.

El turismo como modelo dentro del sistema global sigue la lógica del consumo de éste, siempre las novedades son de uso exclusivo, por ello de reducida presencia en el mercado y, por ende, costosas. Más tarde, una vez "que pasan de moda" se hacen accesibles, se masifican.

Los ejemplos sobran, desde los celulares a las computadoras portátiles, desde los autos a la ropa, lo que no se masifica por los productores se masifica por los falsificadores; el mercado no espera.

Cuando los destinos crecen pierden a sus viajeros exclusivos, se masifican, se comercializan en paquete, se venden más baratos, pero rinden más al haber más capacidad instalada y ocupación por más tiempo.

Así los destinos pasan de exclusivos a masivos de alto nivel, de allí a masivos de nivel medio y, por último, masivos de nivel medio bajo, hasta comenzar una reingeniería de los mismos o aceptar la situación como lo ha hecho Acapulco, el destino sin sustentabilidad de México, lo que ha creado el término Acapulquización.

Pero no todos los destinos que se imponen en el mundo del turismo llegan a esta situación, hay algunos, como es el caso de San Pedro, en Ambergris Caye, Belize, el cual creció, pero no llegó a masificarse, debido a dos situaciones físicas: la incapacidad de crecer en más cuartos por falta de suelo y las características de éste y no poder ampliar la pista aérea para recibir aviones más grandes. (César *et al.*, 1991).

Hay también lugares que se planifican como exclusivos, como algunos hoteles de la selva en Belize o en Honduras y que la exclusividad, generalmente disfrazada por la cuestión ambiental, es la expresión de ser lugares para turistas de altos ingresos, por lo que lo alternativo puede ir de un extremo al otro, de lugares para mínimas personas a lugares con más visitantes sin caer en la masividad.

Pero también hay que hacer la diferencia entre la exclusividad excluyente y la baja densidad lógica, por ejemplo, un hotel dentro de una reserva tiene una carga máxima que se puede aceptar, por ello es que la baja densidad se debe al tipo de lugar, un área natural protegida.

En el otro extremo, está un hotel exclusivo, porque los operadores lo han enfocado a un mercado muy reducido que es el que podría ocuparlo; aquí la baja densidad le da el mercado y no el tipo de producto que se pretende disfrutar.

En el caso de turismo en zonas donde vive un grupo de población originaria, las bajas densidades reducen el impacto ambiental – ecológico, pero también el efecto demostración de los visitantes a los pobladores.

Ecoturismo y turismo rural

La disyuntiva entre ecoturismo o turismo rural podría parecer, a primera vista, una polémica de segmentos, dentro de los estudios del turismo, sin embargo, la hemos introducido en el debate porque creemos que detrás de estas dos tipologías hay problemas de fondo que vinculan a la misma con visiones de corte colonialista, en la nueva perspectiva que plantea hoy la globalización.

Partimos de que hay dos universos diferenciados con sus tipologías aplicadas en el mundo rural. En los países desarrollados, el turismo rural es la forma que asume el turismo alternativo para estas zonas y su función es la de ser complementaria a las explotaciones. En los países de bajo desarrollo, por oposición y salvo algunas excepciones, el ecoturismo es la tipología que domina en el mundo rural y en las áreas de asentamientos de pueblos originarios, además de las áreas bajo conservación.

Así tenemos que en Europa, el turismo desarrollado en el mundo rural, se define como turismo rural, porque la visión que se tiene sobre este universo está sustentada por la cultura que el mismo representa, es un turismo cultural aplicado en zonas rurales que se combina con el de la naturaleza.

El caso opuesto es el de los países periféricos, donde domina el ecoturismo, allí se sigue privilegiando como en la época de la conquista la “naturaleza salvaje”, separada de la gente que está conviviendo con ella y de su cultura.

Se trata de buscar dentro del subdesarrollo la naturaleza salvaje, la cual está asociada a zonas aisladas, las cuales se pretenden conservar tomando al ecoturismo como un modelo que permite, por un lado, impactar menos en la misma, pero ello se expresa en una participación mínima de la población.

Esta visión paternalista de que los dueños de la tierra, el paisaje y el ambiente, en general, requieren de nuevos tutores y guías para saber cómo protegerla, era un paradigma conocido en América y en África, ya que correspondía al orden del colonialismo.

La recolonización que realizan los países centrales tratando de apropiarse de la biodiversidad y sus diferentes formas de uso, como del paisaje para el turismo, recuerda a los conquistadores, que se llevaban lo que tenía valor, antes era el oro y hoy es la biodiversidad y sus conocimientos aplicables en la industria farmacéutica y el paisaje como escenario para la industria del ocio.

Los pueblos que viven en las grandes áreas naturales tendrán una doble segregación, por ser nativos del país y además pobres y porque perdieron el control de su capital natural que lo explotan los nuevos conquistadores del turismo, un riesgo que debe controlarse para evitar que se repitan errores del pasado.

De los paisajes de la belleza a la geografía de la pobreza

¿Cuáles son los lugares que los ecovisitantes denominan puros o mínimamente alterados? ¿Dónde están? ¿Vive gente en los mismos?, y si es así ¿quiénes viven y por qué están allí?

Las grandes cadenas de montañas son el último refugio de los habitantes originales de nuestra América, lo mismo que las selvas o los grandes humedales, allí donde el valor de la tierra es menor para la explotación agropecuaria y es allí donde se han refugiado una parte importante de los pueblos originarios.

Todas esas riquezas naturales son el botín de los nuevos descubridores, que en posición de redentores quieren enseñar, lo que en sus países nunca pudieron hacer, a quienes han aprendido a vivir con la naturaleza sin extorsionarla ni destruirla, en una simbiosis tan completa y misteriosa que no pueden desaparecer las selvas sin que con ella también desaparezcan sus habitantes y culturas. (Anderson *et. al.*, 1989).

Para Salau, un representante de la nación Masái, en el otro continente periférico, el africano, lo que vemos es un “eco colonialismo” ya que los recursos se usan para el disfrute de los que vienen de los países centrales y en poco o nada beneficia a las poblaciones originarias.

El mismo da como ejemplo el caso de la central geotérmica de Olkaria en Kenia, que abastece del 5% de la energía del país y que de un total de 500 empleados sólo ocupa cinco masái, el pueblo originario, al cual se expropió el recurso (Salau, 2004).

Sesenta años antes, los ingleses despojaron al pueblo masái de miles de hectáreas, 70% de sus tierras, para crear el parque Masái Mara y, luego, varias reservas más, las cuales primero fueron cotos de caza y, más tarde, reservas para safaris fotográficos, ambos los antecedentes del ecoturismo (Chávez, 1999).

Allí sobreviven hoy los masái en una situación de marginación, alquilándose para que les tomen una foto y cerca de ellos están los modernos ecolodges, orgullo del ecoturismo de alto nivel, una síntesis real de la relación asimétrica entre el norte y el sur.

Los conservacionistas primero y los ecoturistas, después, creen como se creyó en la conquista, de que hay “áreas salvajes”, lo cual es falso porque la gran mayoría del planeta ha sido habitada en diferentes épocas por distintos pueblos, además, ¿qué es lo salvaje?

Lo de las zonas salvajes y el mensaje de salvación de la naturaleza es en realidad una artimaña que utilizan los financistas de los conservacionistas y ecologistas, para los planes de asimilación forzosa de los pueblos que intentan sobrevivir a su manera; ésta es la última estrategia para expandir las fronteras del capitalismo a todos los rincones del mundo y hacer de todo lo existente una mercancía para este mundo del mercado.

Los ejemplos abundan, y en su gran mayoría son historia donde los únicos perjudicados son la población local, como es el caso en Sri Lanka del pueblo Wanniya – Laeto, que vivían en una zona boscosa del centro del país, de la caza y la recolección.

En 1983, el gobierno, a instancias de los conservacionistas y de las grandes organizaciones mundiales, creó el Parque Nacional Madura Oya, y con ello se obligó a este pueblo milenario a una doble revolución en el momento, de nómadas a asentados y de recolectores a agricultores de arroz, lo cual terminó en que este pueblo quedó viviendo en la miseria, y el parque es muy visitado por los turistas del primer mundo, los que hoy pueden disfrutar ecosistemas manejados racionalmente por siglos por los “salvajes”.

En Tailandia, a fin de promover el turismo y la conservación de la naturaleza, los organismos internacionales le dieron al país un crédito de 300 millones de dólares, cuyo objetivo era mejorar caminos, hacer baños en la ruta para los turistas, señalamiento bilingüe y algunos proyectos ecoturísticos. Con estos fondos se quiso integrar 15,000

pueblos que representaban 700,000 personas al turismo de la naturaleza, a una agricultura más moderna y otros atractivos, que dejaron endeudado al país, con mínimos resultados y, en la mayoría de los casos, el rechazo de la población (Pleumaron, 2003).

En América Latina se repitieron casos con iguales resultados; así tenemos que a finales de los 80's y comienzos de los 90's del siglo pasado, la mortandad de yanomamis, se repite como al comienzo de los años 50's con la llegada de los grupos blancos al Amazonas a fin de buscar recursos para explotar.

Son, entre otros, las expediciones de Venezuela, que llegan por aire a marcar la frontera y son la vanguardia de los futuros ecoturistas de aventura, en esa época la mortalidad por contagio de enfermedades desconocidas se elevó, los científicos estudiaron la zona y dejaron tras de sí la huella de la mortalidad.

Otro ejemplo es el Parque Nacional Madidi, en Bolivia, que cubre un total de 1.9 millones de hectáreas incluso glaciares y bosques tropicales, en el límite entre este país y Perú, un lugar excepcional, que la conservación y la promoción de la misma ha sido el incentivo para la llegada de ecoturistas, que regresan a sus países con muchas fotos e incluso tocados de plumas de guacamayas (Kemper y Sartore, 2000).

La creación del parque le dio más publicidad y no frenó la explotación intensiva de maderas preciosas que van mayoritariamente hacia Estados Unidos, país de donde salen los fondos de los conservacionistas para este parque que alteró toda la vida de las comunidades locales, mercantilizándose y obligándose a cortar madera y cazar pájaros (guacamayas) para poder conseguir dinero para los nuevos productos a consumir.

Pero existen lugares donde también hay rechazo a los turistas, aunque los pobladores sean del primer mundo, como es el caso de la isla Monhegan, a no más de veinte kilómetros de la costa de Maine (Estados Unidos), donde los 69 habitantes de esta zona se enfrentan en los veranos a cuatro veces más visitantes que habitantes, quienes rompen la paz y su cotidianidad (Newman, 2001).

Así, los espacios naturales menos contaminados, los denominados “salvajes” entran a un nuevo mercado, el del turismo, por un lado y, por el otro, está el saqueo de la biodiversidad asociada al conocimiento que tienen los pueblos originales del uso de la misma.

Para ambos tipos de explotación se utilizó como mecanismo la creación de reservas de la biosfera, parques nacionales y otras formas de “conservación” que se adecúan a la estrategia del denominado ecoturismo, ya que se reglamenta el uso, pero no por los dueños naturales del recurso, sino por los extraños que llegan con una serie de normas y reglas que son válidas para su mundo urbano pero que son difíciles de comprender y menos cumplir por los habitantes del lugar.

De la ecología al ambientalismo, un camino complejo

En 1869, Ernst Haeckel plantea el concepto de ecología y con ello comienzan formalmente a gestarse las bases de lo que será el futuro pensamiento científico de la ecología. Hackel definía, de una manera muy general, a la ecología como “la totalidad de la ciencia de las relaciones del organismo con su entorno, que comprende en un sentido amplio todas las condiciones de existencia”, definición que luego se irá adecuando al crecimiento de esta ciencia (Deleage, 1991).

Ésta es la época de mayor ebullición del conocimiento científico en todos los órdenes, la época del auge del capitalismo y el momento en que se iniciará una nueva era y etapa del colonialismo, bajo la égida del imperio inglés.

El siglo XIX es el siglo del imperio británico, que según el clásico historiador Eric Hobsbawm este largo siglo se divide en dos grandes etapas: la primera hasta 1875 es la era del capital y de allí hasta la primera guerra mundial es la era del Imperio (Hobsbawm, 2005).

En la era del capital se funda la Sociedad Zoológica de Londres (1826) obra de Sir Thomas Stamford Raffles, ex virrey de la India y fundador de Singapur. Pocos años después, en 1830, se crea la Sociedad Geográfica de Londres, la que recibió licencia real en 1859.

Ya en la era del imperio británico, en 1903, se funda la Sociedad de Conservación de la Fauna Silvestre del Imperio, que era posterior a la Real Sociedad para la Protección de las Aves de 1889, y que tenía como objetivo la conservación y la creación de una red de parques nacionales, acorde a la política imperial del manejo de los recursos mundiales.

La Sociedad de Protección de la Flora y la Fauna es el centro de formación de los cuadros del imperio que han sido los creadores de las nuevas organizaciones de conservación y administradores de las antiguas sociedades.

Años después esta sociedad y la de Eugenesia apadrinaron las asociaciones de la era ambiental: World Wildlife Fund. (WWF) y la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN).

En Londres, en 1913, se funda la British Ecological Society, tiempo en que se realizaban grandes expediciones en los vastos territorios coloniales, al final de una era, en el comienzo del ocaso de la época de oro del imperio británico.

El final de la primera guerra mundial, el tiempo de la Belle Epoque, fue donde se gestó una de las formas más duras del capitalismo de Estado, el nazismo, ideología que tomará el poder en Alemania y se extenderá a Italia, España y Portugal, entre sus primeros aliados, además del imperio japonés.

Allí nacen las tres leyes, las primeras en el mundo, que tratan de compaginar un proyecto ecológico de gran envergadura y desde el Estado, hecho que luego se borra de la historia verde del siglo XX, sin ninguna explicación.

El 3 de julio de 1934 se publica una ley que limita la cacería, algo impensable en el imperio británico y, un año después, en 1935, se edita lo que es el primer monumento a la ecología moderna, la Ley de Protección de la Naturaleza.

En 1939, se publica la obra titulada “El derecho alemán de la protección de los animales” que sintetiza toda la legislación ambientalista que se plantea en la Alemania nazi (Ferry, 1994).

El amor a la naturaleza, tal como lo planteaba el nazismo, tiene una coincidencia muy grande con lo que hoy se denomina la Ecología Profunda, concepción casi religiosa que centra en lo biológico su accionar en vez de lo humano, idea que renacerá a finales del siglo pasado en un selecto número de financistas que están comprando grandes áreas en América.

En 1949 se funda, con licencia real, el Consejo de Conservación de la Naturaleza, que era uno de los cuatro organismos de investigación del Consejo de la Reina, y que a su vez fue el primer organismo de conservación establecido con estatutos en el mundo.

Desde estas trincheras, el Viceprimer Ministro del Reino Unido, Max Nicholson, redactó la legislación de conservación y trazó las líneas estratégicas del futuro movimiento ambientalista mundial, comenzando por la campaña contra el uso del DDT que inmortalizaría en su libro “El verano silencioso”, Rachel Carson.

Pero la obra de este político – aristócrata va más allá, ya que redactó la constitución de la UICN, que ya habían constituido en 1948, también por el inglés Sir Julián Huxley, y que planteó desde el comienzo una doble función de esta entidad: la necesidad de proteger la vida silvestre y la eugenesia.

Esta última se caracteriza por la posibilidad de emplear procedimientos de biología molecular para el diagnóstico genético y la intervención directa sobre los genes. Con ambos, los genes humanos y el germoplasma de la vida silvestre se tendría el control de la vida en el planeta.

En 1961 organizó y presidió la Comisión de la creación de WWF, que originalmente sería un organismo para financiar la UICN, aunque luego tomó su propio camino, y además apoyó la designación de su primer Presidente y par, Sir Peter Scott.

Sus políticas han dado más resultado que lo esperado en el control de estos temas centrales de la agenda mundial, ya que el Programa Ambiental de la ONU (UNEP) nace de la reunión de 1972, organizada por Maurice Strong, del grupo fundador de WWF.

Este organismo, UNEP, tiene sede en Kenia, antigua colonia inglesa, y colabora estrechamente con la UNESCO, WWF y UICN, mientras el Centro Mundial de Vigilancia de la Conservación está en Cambridge, Inglaterra y es copatrocinado por WWF y UICN, siendo el lugar donde se definen las estrategias mundiales de la conservación.

El paso siguiente fue la política nacional, y será Edward Goldsmith en 1970, el fundador de la revista radical verde *The Ecologist*, y de allí el Partido Verde del Reino Unido, todo ello con el apoyo de su hermano Sir James Goldsmith, financista y apoyo económico de WWF junto con John Aspinall, de Amigos de la Tierra.

En el imperio emergente, Estados Unidos, también se sientan las bases de la política mundial de recursos a partir de la conservación, y en 1969 David Broker, abandona el Sierra Club y crea uno de los grupos fuertes de Estados Unidos, Amigos de la Tierra, con tendencias a un conservadurismo más radical.

Greenpeace se fundó en 1971, en plena revuelta de la juventud occidental, en la era más contestataria, emergiendo en los Países Bajos, pero rápidamente se expande por el denominado mundo desarrollado occidental y de allí a todo el planeta.

Esta nueva ideología forma parte de un grupo de ideas adecuadas a los nuevos tiempos, pero manipuladas de manera tal que entre ellas no haya relación cuando en sí el problema del mundo es simplemente uno: la gran asimetría y su profundización permanente, al extremo que hay grupos de pobladores del planeta en “peligro de extinción”.

Enfrentarse a estos grupos de poder a nivel mundial es muy difícil y riesgoso, experiencia que ya ha vivido Bjorn Lomborg, ex miembro de Greenpeace y hoy un crítico del ecologismo, como una forma de pesimismo, que nos lleva a pensar que día a día estamos rompiendo el débil equilibrio del planeta, lo cual aún no se ha probado fehacientemente (Lomborg, 2003).

Conservación y ambientalismo: límites y crisis

Creemos que es difícil entender el ecoturismo fuera del contexto de los organismos y políticas que han desarrollado las grandes organizaciones mundiales por la conservación y sus políticas ecológicas, y dentro de ellas estaría ubicada la estrategia de este tipo particular de turismo.

Hoy existen grandes dudas sobre el ambientalismo, heredero del primer ecologismo y eje de un movimiento mundial que pretendió durante varias décadas generar una nueva utopía ante la crisis de los modelos. Pero dentro de las críticas existentes resaltan dos textos: *El Ecologista escéptico*, y también el trabajo sobre *La Muerte del Ambientalismo* escrito por Michael Shellenberger y Ted Nordhaus.

Entre las críticas principales, que hacen estos dos ex-veteranos ambientalistas está la de que han quedado anticuados en sus métodos para proponer nuevas leyes y que sus instituciones y manejo ya están obsoletos.

Así mismo, plantean que este movimiento ha sido cooptado por las grandes corporaciones, las primeras enemigas del medio ambiente, pero que están generando grandes ingresos a estas fundaciones, con lo cual sus críticas cambian de curso (Shellenberger y Nordhaus 2004).

Por todo esto, hace mucho que se le agotó el tiempo a las ONG's y a la burocracia nacional y mundial para poder exigir una mayor responsabilidad social al mundo empresarial del primer mundo. En la periferia, la población considera a la responsabilidad social corporativa como una forma virulenta del neocolonialismo, lo que muchos llaman hoy Eco Imperialismo, y no un mecanismo para mejorar sus vidas (Driessen, 2003).

Ante la crisis del ambientalismo, como movimiento paraguas sobre el cual se protegen todos los movimientos que se basan en la defensa de la ecología, desde el ecoturismo a las ecotasas, la situación actual es confusa y los paradigmas sobre los que asentaron estos movimientos comienzan a caer, y con ellos la credibilidad de una sociedad, que se concientizó, pero no ha podido cristalizar estas ideas.

Ecoturismo y conservación: origen y desarrollo

Luego de este breve repaso sobre los antecedentes entramos al ecoturismo que como concepto emerge en los años 60's, en plena transformación de la sociedad, desde el mayo francés a la resistencia a la guerra con Vietnam o a la primavera de Praga, en el auge de la denominada ecología visible.

Sin embargo, deberán pasar dos décadas para que este tipo de turismo tome fuerza a la sombra del auge de las grandes organizaciones ambientalistas como la WWF, UICN y el Sierra Club, entre los principales.

Hay quienes pretenden unir al ecodesarrollo planteado en la década de los 70's, inicialmente por Maurice Strong, con el ecoturismo, una extrapolación que tiene grandes diferencias.

Ignacy Sachs, quién desarrolla esta propuesta teórica propone como alternativa que cada eco-región debe buscar sus propias soluciones a la luz de su cultura y sus condiciones ecológicas. La diferencia es de fondo entre el ecodesarrollo y el ecoturismo, porque el primero además de ser un desarrollo integral se basa en los hombres que habitan la región y, por oposición, el ecoturismo se basa en las bellezas naturales y luego intenta hablar del hombre como algo dado donde están éstas.

Es por eso que cuando se habla de ecoturismo se hace referencia a los países periféricos, aquellos que aún mantienen zonas poco explotadas, lo cual es ratificado por algunos autores al sostener que esta práctica se vincula al tercer mundo (Budowski, 1955).

Una de las pioneras del ecoturismo fue Elizabeth Boo, que inicialmente se ajustó a lo que en realidad debería ser el ecoturismo, una actividad regulada por normas como lo son sólo las Áreas Naturales Protegidas (ANP).

De allí en más, hay un sinnúmero de definiciones de lo que es el ecoturismo y muchos más modelos prácticos, lo cual ha generado, como ocurrió con la propia ecología, una pérdida de credibilidad, que en algunos casos se ha llegado a la abolición de esta categoría, como ocurrió en Nueva Zelanda, hoy una de las capitales mundiales del turismo alternativo.

Pero para poder dimensionar las contradicciones que plantea el ecoturismo analizaremos la definición clásica del mismo dada por Cevallos Lascurain de la IUCN. Parte de la base que “el ecoturismo es una modalidad del turismo que es ambientalmente responsable”.

- Con esta afirmación se descalifica desde el comienzo al resto del turismo, al ubicarlo como irresponsable, pero a la vez parte de una base falsa, que hay turistas responsables que se combinan con tour-operadores responsables, lo cual se puede dar como excepción, pero por los resultados obtenidos y la operación que han hecho los tour-operadores no coinciden con ello.
- Los ejemplos sobran: la Mariposa Monarca en el límite entre los estados de México y Michoacán, un santuario saturado de eco visitantes, que en nada beneficia a los pobladores y menos al santuario natural; o Xcaret, el ícono del turismo de la naturaleza en el Caribe mexicano, hoy el ejemplo de alteración de la historia y el ambiente en un antiguo santuario natural.

La segunda parte de la definición “... visitar áreas naturales relativamente sin perturbar, a fin de disfrutar, apreciar y estudiar los atractivos naturales de dichas áreas así como cualquier manifestación de la cultura”. Esta afirmación tiene varios elementos que se terminan contradiciendo con el resto de la definición, así tenemos que:

- Las áreas sin perturbar, que son ¿tierras salvajes?, en el concepto del viejo oeste ¿éstas son zonas aisladas?, lo cual lleva a que algunos autores sostengan que el ecoturismo se creó como un turismo de élite. ¿Se trata de salvar la naturaleza haciéndosela accesible a los ricos? (Barkin, 2000).

- Pero hay una contradicción mayor que plantea Silva, al sostener que los turistas y los lugareños no tienen los mismos derechos y percepciones sobre los lugares naturales poco alterados, ya que éstos viven en la pobreza divorciados de la riqueza natural que es para el goce del turista (Silva, 1997).
- Hay que entender también que el espacio ecológico turístico, privilegia áreas naturales apelativas desde el punto de vista estético y según los valores del mundo occidental, que no siempre coinciden con otras visiones que parten de valoraciones diferenciadas.
- Estas nuevas nociones de armonía con la naturaleza, corresponden a las ideas occidentales del edén perdido y prístino. Lo que implica una “naturaleza” que escapa al orden cultural y, por consiguiente, el “nativo ecológico” se torna parte integral de esa naturaleza ideal, donde los indígenas representan el deseo de retornar a un mundo primitivo, a un estilo de vida preindustrial, a un mundo ecológicamente sustentable (Ulloa, 2001).
- Así es como a los indígenas o a los mestizos del campo, se los sitúa como silvestres en oposición a la gente de la ciudad, lo cual a la vez justifica la intervención de los agentes externos, eco tour-operadores, a fin de que elaboren programas para evitar su extinción, porque son en términos ecologistas “especies en peligro de extinción”.
- Por ello es que hace pocos años se le agregó a la definición, las culturas locales y sus comunidades, pero entendidas éstas como parte de este “mundo natural”, diferente al de la realidad de las ciudades.

Siguiendo con la definición “... que promueve la conservación, tiene bajo impacto ambiental y cultural y propicia el involucramiento activo socioeconómicamente benéfico de las poblaciones locales”.

- ¿A quién beneficia la conservación?, ¿qué ganan los campesinos e indígenas conservando algo que naturalmente han conservado desde hace muchas generaciones atrás? ¿Quieren conservación o un programa de manejo, para poder operar estas áreas y llevar turistas, con lo cual obtienen

beneficios para sus actividades y a la vez se promocionan como salvadores de las zonas naturales?

- En África, a los bosquimanos del Parque Nacional Kalahari, se los dejó convivir en el mismo como una especie más, pero cuando quisieron asomar a la modernidad, mejorando sus casas y nuevos hábitos, dejaron de ser parte de la “naturaleza” y fueron expulsados.
- En Costa Rica, la capital latinoamericana del ecoturismo, ya se ven los grandes impactos en los ecosistemas, derivado de la infraestructura turística, las aguas negras y las grandes cargas de visitantes (Morera, 2002).
- En lo social, los impactos son también importantes en Costa Rica, ya que no hay una verdadera política de participación de las comunidades locales, sólo se crean empleos estacionales. Al comienzo, los extranjeros tenían pequeñas empresas, luego todo cambió, se formaron corporaciones y compraron la tierra a los campesinos necesitados y así se han apoderado del negocio, quedando las migajas para los locales (Morera, 2002).

Es por ello que el ecoturismo, al igual que su marco de referencia el ecologismo y los movimientos ambientalistas, enfrenta hoy una doble crisis, por un lado, de credibilidad y, por el otro, la práctica, ya que sus resultados sólo han servido para beneficiar a grupos pequeños y, a su vez, han transformado el ecoturismo en un negocio mundial.

Ante la carencia de un verdadero debate sobre el ecoturismo y el desarrollo local y regional, hoy debemos enfrentar, la existencia de dos grupos de autores, los que defienden y los que ven sus costos y, como tal, lo identifican. Este debate está en manos de expertos de América del Norte y pocos han entrado a la polémica, más bien han sido fieles seguidores del ecologismo, la mayoría de los autores latinoamericanos.

Los defensores del ecoturismo sostienen que este modelo aporta financiamiento para poder conservar las áreas naturales protegidas y sin protección, debido a que crea empleos y una dinámica económica en la región que la aloja (Farell y Runyan, 1991). Así mismo, estos autores consideran que el ecoturismo apoya al entendimiento de las culturas y el medio ambiente (Brandon, 1993).

Los expertos que ven en el ecoturismo una forma de turismo con grandes problemas, consideran que estos ecosistemas naturales son alterados por la acción de los turistas, algo que ha sido ya denunciado desde la década de los 70's, en los primeros informes de evaluación del turismo como modelo de desarrollo (De Kadt, 1991).

El mayor impacto del ecoturismo se da en las culturas locales debido al efecto demostración, que incide en el comportamiento, el lenguaje y las actitudes de la población local a fin de poder reducir las diferencias con los visitantes, asimetrías que ellos consideran los perjudican (Hall y Rudkin, 1991).

Otra pregunta que pretendemos plantear y, en principio resolver, es ¿por qué en el primer mundo hay turismo rural como eje del turismo alternativo y en la periferia ecoturismo como centro del turismo alternativo?

En Europa occidental, los lugares prístinos ya son mínimos o prácticamente inexistentes y todos saben que atrás de ellos hay historia humana, por ello son patrimonio cultural - ambiental en sentido estricto, creados por el hombre o asociados a su desarrollo. Todas las actividades que no se desarrollan en la ciudad, están en el campo y, por ello, por estar en el mundo rural son diferentes facetas de lo que se conoce como turismo rural (César, 2004).

El turismo rural tiene un punto de partida diferente, parte del patrimonio ambiental que es diferente al natural, ya que se trata generalmente de la naturaleza con trabajo humano.

De allí que se defina al patrimonio como el conjunto de elementos naturales o culturales, materiales o inmateriales, heredados del pasado o creados en el presente, en donde un determinado grupo de individuos reconocen sus señas de identidad (Saraza, 1998).

La diferencia de basarse en la actividad humana, la sociedad y su expresión cultural es fundamental, frente al ecoturismo que se basa en el placer de disfrutar la naturaleza sin alterar, más allá de la gente que vive en estos lugares.

En el turismo rural, el patrimonio ambiental tiene más atractivo porque está vivo y porque cualquier persona lo puede entender, ya que es la vida tal como se da históricamente en esa región. El campo es un atractivo para la gente que ve en el estilo natural, la paz,

inocencia y la virtud simple, y por oposición, la ciudad fue considerada el centro del progreso, de erudición, de la comunicación y de las luces.

Pero a ambas se las asocia con cuestiones negativas, por ejemplo, a la ciudad con la contaminación, la ambición y la inseguridad y al campo con la ignorancia, el atraso y las limitaciones.

Pero todo esto es muy relativo, el campo ha generado una sociedad conservadora, donde la estratificación es poco movible. La ciudad es una fuerte oportunidad para buscar un lugar diferente, crecer o perecer. La idealización de la economía natural del campo oculta tras de sí la explotación y un trabajo muy duro, aunque en la ciudad las relaciones se han reducido al utilitarismo del dinero.

Pero hoy es difícil encontrar la línea divisoria entre el campo y la ciudad, la denominada ciudad suburbana, el modelo norteamericano de los suburbios, sin centros tradicionales, los barrios campestres cerrados alrededor de un bosque, un campo de golf o una laguna van urbanizando el campo, y con ello a una parte de la vida campesina.

Por ello, el turismo rural cumple una función muy compleja, desde ser un guardián de las tradiciones, de las artesanías del campo, a un revitalizador del mismo, evitando la migración a la ciudad, la misma que expulsa a sus habitantes más ricos hacia el campo.

El turismo rural se basa en la historia de la sociedad y el ecoturismo en los espacios con menos historia de la misma; son dos visiones opuestas desde la perspectiva de lo social. Por ello es que el ecoturismo se basa en teorías neomalthusianas como la de Hardin, sobre la tragedia de los recursos comunes, que parte del individualismo y de que todo el mundo consume igual, por ello se debe limitar el crecimiento de la humanidad (Hardin, 1995).

Allí está la diferencia central, el hombre y su cultura como eje del ocio, el individuo según su poder como propietario con derecho al mismo; el hombre es el eje de la polémica, como ser social, para unos o como individualidad competitiva, que tiene como premio el paraíso para otros, por ello no es casual que el ecoturismo tenga su base en una sociedad que cree en la filantropía, como un deber y no en la solidaridad humana como un derecho.

Conclusiones

Los ecoturistas del primer mundo van a la periferia a fin de constatar en forma directa las diferencias existentes y, con ello, a ratificar que las mismas son el referente para entender que ellos están viviendo en el desarrollo.

Pero no se trata de una explicación maniquea de éxito frente al fracaso, hay algo más, ya que el desarrollo los ha integrado como objetos totales de consumo, situación que no pueden controlar ya que el consumismo que los obliga a trabajar y los avances tecnológicos les amplían día a día el mercado, dinámica que mantiene un ritmo propio de una meta sin final.

La propuesta que los ecologistas tratarán de imponer con su modelo, principalmente a las denominadas sociedades frías, se enfrenta a problemas insolubles, entre las que destacan que hay belleza sin más ingeniería que la naturaleza y que hay valores que no se pueden comprar.

Los nuevos conquistadores, los ecoturistas, al final regresan con la ilusión que estuvieron en el paraíso, sólo que no han pensado que salieron del infierno, sino la situación generada sería insostenible.

En América Latina, miles de jubilados, jóvenes aún con mucha energía hacen el camino inverso de los migrantes económicos, vienen con sus ahorros a fin de poder comprar una parcela en el paraíso y con ello abrir una pequeña casa de huéspedes a fin de socializar su esperanza en algo diferente.

En relación directa con el ecoturismo, el turismo queda al descubierto, no es el intercambio, no es el camino a la paz, es la búsqueda de poder hacer realidad la diferencia o el camino para retroceder en la modernidad e incorporarse a un mundo diferente.

Los nuevos conquistadores llegan de muchas maneras, unos pagan por cuidar y recoger huevos de tortuga, desconociendo que cerca de ellos otros desesperados por hacer dinero también lo hacen en la oscuridad para lograr unas pingues ganancias. Otros vienen a ver aves y no ven la miseria, dialogan con el nativo ecológico como una especie rara que los entiende, lo ayudan dejándole algo de su equipo de confort o una propina, y se vuelven felices, han ayudado al desarrollo del tercer mundo.

Los menos, que son los que tienen más, llegan aislados en aviones o yates privados y de allí a la selva, a hoteles en los árboles donde el té se sirve a las 5 pm en vajilla belga; combinan al buen salvaje con el conquistador educado.

Hay de todos los tipos, desde los que llegan porque está de moda o no saben qué hacer, a los que creen firmemente en esta fe ya desteñida de la conservación, todos al final son acólitos de las grandes organizaciones mundiales que les hacen creer que la conservación es como en la conquista, la salvación de almas, pero en este caso es de los animales, de los árboles del bosque y excepcionalmente de un campesino que los escucha.

Los ambientalistas han cumplido su ciclo, como décadas atrás lo cumplieron los social-demócratas al presentar la cara domada de un socialismo de Estado; hoy los ambientalistas saben que mientras están en el púlpito enseñando a conservar, miles de toneladas de gases invernadero o bombas con uranio y otros contaminantes mundiales están trabajando para transformar al mundo en algo cada día más difícil de sostener, y que unos pocos podrán evadir con tecnologías de punta.

Por ello, los ecoturistas ya no son la esperanza que se presentaba una década atrás, son la voz de nuevas corporaciones y grupos de poder que intentan integrar a la economía mundial los últimos paraísos en la tierra.

Bibliografía

- Anderson, Anthony *et.al.* (1989) *Los guardianes de la selva. Los indígenas y su relación con el medioambiente.* Ediciones ABYA – YALA. Ecuador.
- Barkin, David (2000) Ecoturismo, del mito a la realidad. En *La Jornada.* 21/08/2000. México.
- Brandon, Katrina (1993) Bellagio Conference on Ecotourism. En *Ecoturismo y desarrollo sustentable.* CRIM - UNAM. México.
- Budowski, Gerardo (1995) Turismo sustentable con énfasis en el ecoturismo. Las nuevas tendencias en el mercado mundial. En *Ambientito.* No. 28.
- César Dachary, Alfredo (2004) El agroturismo en la costa de Jalisco. En *Memorias del 6to. Encuentro Internacional Humboldt.* Villa Carlos Paz. Argentina.
- César, Alfredo *et. al.* (1991) *Los impactos del turismo y sus alternativas. El caso de San Pedro, Ambergris, Belice.* CIQRO. México.
- Chávez, Raymond (1999) Globalización y turismo, mezcla mortal para los pueblos indígenas. En *Sur.* No. 91. Montevideo.
- De Kadt, Emanuel (1991) *Turismo: ¿pasaporte al desarrollo?* Endymion. España.

- Deleage, J.P. (1991) *Historia de la Ecología. Una ciencia del hombre y de la naturaleza*. ICRIA Editorial. Barcelona.
- Driessen, Paul (2003) Eco-Imperialismo: poder verde – muerte negra. En *Green Power*. Merril Press. Nueva York.
- Farrell, H. Bryan y Dean Runyan (1991) Ecology and Tourism. En *Annals of Tourism Research*. Vol. 18.
- Ferry, Luc (1994) *El nuevo orden ecológico. El árbol, el animal y el hombre*. Tusquets Editores. Barcelona.
- Hall, C. Michael y Brenda Rudkin (1991) Ecotourism as Appropriate Tourism. En *Ecoturismo y desarrollo sustentable*. CRIM – UNAM. México.
- Lomborg, Bjorn (2003) *El ecologista escéptico*. Espasa Calpe. Barcelona.
- Hardin, Garret (1995) La tragedia de los comunes. En *Gaceta Ecológica* No. 37. Instituto Nacional de Ecología. México.
- Hobsbawm, Eric J. (2005) *La era del Imperio. 1875 – 1914*. Planeta. Buenos Aires.
- Kemper, Steve y Joel Sartore (2000) Maldidi, ¿ahogará Bolivia su nuevo parque nacional? En *National Geographic*. Vol.6. No. 3.
- Morera, Carlos Manuel (2002) Ecoturismo en Costa Rica. Análisis conceptual y conformación teórica. En *Turismo Sustentable*. IEPALA. España.
- Newman, Cathy (2001) Bienvenido a la isla Monhegan, Maine. Ahora por favor no regrese. En *National Geographic*. Vol. 9. No. 1.
- Pleumaron, Anita (2003) Ecoturismo: una trampa ecológica y económica para el tercer mundo. En *Servicios Informativos de España*. No. 3. www.tourism-watch.de/esp/3esp.eco/indez.html.
- Salau Rogei, Daniel (2004) Ecocolonialismo. www.tierraamerica.net/2004/0612/noticia2.shtml.
- Saraza Jimena, Juan de Dios (1998) Patrimonio ambiental, turismo rural y desarrollo. En *Patrimonio, museos y turismo cultural, claves para la gestión de un nuevo modelo de ocio*. Universidad de Córdoba. España.
- Shellenberger, Michael y Ted Nordhaus (2004) The Death of Environmentalism. En *Global Warming Politics in a Post-Environmental World*. www.imacmexico.org/ev_es.php.

- Silva, T.D. (1997) O ambiente e o turista: uma abordagem discursive. En Bruhns, Heloisa y Celia Serrano (organizadores). *Viagens a natureza: Turismo o cultura e ambiente*. Campinas. Brasil.
- Ulloa, Astrid (2001) El nativo ecológico: movimientos indígenas y medioambiente en Colombia. En Archiva, Mauricio y Mauricio Pardo (editores) *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia*. ICANH. Colombia.